

#### 4. LA HISTORIA DE LA REDACCIÓN

A mediados del siglo XX se amplió el horizonte del análisis crítico de los relatos evangélicos. Se abrió una época en la que la investigación del Nuevo Testamento cambió profundamente. Fue decisiva la aparición de nuevas metodologías: análisis narrativo o retórico, lectura sociológica, recurso a la antropología cultural y la psicología social.

La Pontificia Comisión Bíblica publicó en Abril de 1993 un documento sobre “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” que ofrece una valoración de las nuevas formas de leer la sagrada Escritura: el análisis retórico, que busca la intención persuasiva; el análisis narrativo, que valora la importancia de la historia y del relato como medio de revelación; el análisis semiótico en sus tres niveles (narrativo, discursivo, lógico-semántico); el análisis psicológico y psicoanalítico, que descubre en el texto experiencias de vida a partir del conflicto con el inconsciente e identifica la orientación diversa de los impulsos humanos; el análisis sociológico, que estudia el contexto vital no solamente eclesiástico sino sobre todo político a través de los conflictos sociales que se reflejan en el texto, a fin de proponer sobre parámetros teológicos una modificación de las condiciones opresivas de diversos grupos marginados: teología liberacionista, feminista, del Tercer Mundo.

Sin menospreciar la aportación de la escuela de las formas primitivas que adoptó el evangelio en la vida de la comunidad, era natural preguntarse dónde comenzaba el trabajo propio de los redactores. Había que corregir una consecuencia falsa del análisis dentro de la vida de las comunidades y del influjo casi anónimo de la predicación. Los evangelios no pueden considerarse, como quizá se pensó por mucho tiempo, como resultado de una simple yuxtaposición de los recuerdos de los apóstoles o de los esquemas para la proclamación, para el culto y para la exhortación moral.

Los métodos histórico-críticos estudian la génesis y el contexto vital de los textos dentro de la comunidad humana en la que nacen. Conocida la génesis del texto, se analiza su utilización en diversos momentos de la vida de la comunidad (historia de la tradición) y su lugar o mensaje dentro de las demás obras que forman el Nuevo Testamento. Se pasa así del contexto vital, al contexto dinámico y finalmente a su contexto literario.

El estudio del género literario busca la peculiaridad de cada texto: himno de acción de gracias, relatos etiológicos, historias noveladas. Un punto importante, dentro del análisis narrativo, es la lectura del texto desde el punto de vista del lector y también desde el punto de vista de los efectos que un texto ha ido produciendo a lo largo de la historia del cristianismo, lo que en alemán se denomina *Wirkungsgeschichte*. Como toda obra literaria, los textos bíblicos han de ser interpretados teniendo en cuenta su referente sociológico y su relación con una determinada antropología cultural (al menos implícita), así como las referencias psicológicas o psicoanalíticas a la luz de la psicología profunda.

Más que en la constitución *Dei Verbum*, que llega a dar a los evangelistas el título de “autores verdaderos” (*veri auctores*, DV 11), la crítica dio por supuesta esa condición de los redactores finales de los evangelios, sin ceder al esquema oficial vaticano: “Dios los utilizó

usando de sus propias facultades y medios, de forma que obrando Él en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que Él quiso” (*ibidem*).

Analizamos el evangelio de Marcos, para buscar la intención del redactor. Según una opinión hoy muy compartida, el evangelio más antiguo sería el atribuido por la tradición a san Marcos. Su composición se situaba entre los años 65 y 70 de nuestra era, hasta que la publicación de algunos fragmentos en papiro que pertenecerían al texto de este evangelio y que fueron encontrados en la cueva 3 de Qumrán, ha inclinado a algunos a rebajar la fecha de composición hasta cerca de los años 50.

(Juan) Marcos es mencionado por vez primera en relación con la prisión de san Pedro: al salir de la cárcel, se dirigió “a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración” (Actos 12,12). Enviado probablemente con Pablo y Bernabé a Antíoquía (Actos 11,30), regresa con éstos a Jerusalén (Actos 12,25). Durante el primer viaje misional (Actos 13,5), se aparta de Pablo y Bernabé al llegar a Perge (Actos 13,13) y va luego con Bernabé, su “primo” (Colosenses 4,10: ὁ ἀνεψιὸς Βαρναβᾶ) a Chipre (Actos 15,37-39). Reconciliado posteriormente con Pablo, acompaña a éste a la prisión (Filemón 24; Colosenses 4,10). Al final de los viajes apostólicos parece establecido en Roma junto a san Pedro (1 Pedro 5,13). A pesar de que Pedro lo consideraba “hijo suyo”, es reclamado también por Pablo como hombre “útil para el ministerio” (2 Timoteo 4,11). Según esta carta déuteropaulina, las antiguas discrepancias se habrían superado.

Algunos datos peculiares de este evangelio se suelen explicar como consecuencia de la estrecha relación de Marcos con san Pedro, por ejemplo, la viva descripción de la Transfiguración y de la agonía de Jesús en Getsemaní, el relato de las negaciones. De hecho, el evangelio de san Mateo recoge con mayor abundancia datos personales de Pedro. En todos los textos del Nuevo Testamento, incluidas las cartas de san Pablo (1 Corintios y Gálatas), la presencia dominante de san Pedro se explica como un dato factual que no se podía ignorar. Pero en realidad hay muchos indicios de que Marcos transmite más bien el pensamiento de Pablo.

Marcos es el fundador de un género literario que puede considerarse como subgénero de los *bioi* o vidas de personas ilustres en la cultura greco-latina. Hay muchas hipótesis de interpretación global del evangelio a partir de los indicios que ofrecen el texto, la localización de la comunidad en que vivió el evangelista o el contexto particular en que escribió el autor. Indudablemente mucho se podría deducir si los datos fueran más seguros. El modo como Marcos une las diversas escenas, las inserciones en el texto que sirven de fuente probable, los sumarios, la creación de nuevas perícopas, la forma de seleccionar, de ordenar y de interpretar los datos de la tradición, la misma inconsistencia en

algunos detalles, todos estos elementos ayudan a comprender la intención del evangelista cuando redactó su obra.

Al escoger el relato como género literario, Marcos inició un desarrollo revolucionario, pues el evangelio narrativo puso fin a la tradición oral. Así se frenaba la mareante fijación en los “dichos” de Jesús como si el Señor siguiera realmente hablando, tal como pretendían los seguidores de la corriente gnóstica consignada en los evangelios apócrifos. Escribiendo un evangelio narrativo, una historia de Jesús, Marcos centraba la atención en lo que significa para el presente lo que hizo Jesús, el modo cómo se llegó a su muerte, lo que representa “el camino de Jesús” para definir el camino del cristiano. Mientras que la tradición oral de los dichos de Jesús se centraba en la enseñanza del Resucitado, el evangelio escrito se sitúa en una perspectiva prepascual. Esta es una de las razones por las que este evangelio es tan popular entre quienes se interesan de manera preferente por “la causa de Jesús”.

Si, en vez de considerar el evangelio como resultado de la simple selección y ordenación de documentos ya existentes, lo consideramos como un relato compuesto con un plan preconcebido de acuerdo con una intención temática, veremos hasta qué punto nos hemos alejado de la idea antigua de Marcos como simple abreviador de Mateo. Estaremos igualmente lejos del juicio despectivo de quienes, como Bultmann, minusvaloraban este evangelio como literatura de ínfimo grado, *Kleinliteratur*. De hecho los estudios realizados con los métodos del “criticismo retórico” nos dan la imagen de un Marcos capaz de estructurar su narración en torno a un eje teológico o doctrinal.

Este eje es la idea del secreto mesiánico que mantiene Jesús camino de la cruz, Existe además un plan estructurado geográficamente que divide el evangelio en dos partes: la primera tiene lugar en Galilea (capítulos 1 a 9) y la segunda se desarrolla en Jerusalén (capítulos 11 a 16). Estas dos partes se unen mediante una sección, capítulo 10, que describe el viaje de Jesús desde Galilea hasta las proximidades de Jerusalén. El plan doctrinal o teológico tiene su momento culminante en la confesión de Pedro “Tú eres el Cristo” (8,27), que divide la fase de incompreensión de los discípulos, típica de la primera parte del evangelio, de la fase de iluminación, que sigue a la confesión de Pedro. Si combinamos el eje teológico con el eje geográfico, el evangelio aparece dividido en tres grandes secciones: 1,1 – 8,26 / 8,27 – 10,52 / 11,1 – 16,8.

La cuestión de la identidad de Jesús se plantea repetidamente en la pregunta de los discípulos: “¿Quién es éste?” (4,41). Jesús se maravilla de la falta de fe de sus paisanos (6,6a). La pregunta a los discípulos, “¿todavía no tenéis fe?”, se hace de forma que se da a entender que se espera una respuesta negativa: “¿cómo es que todavía no tenéis fe?”. Se ha sugerido que la caracterización poco precisa, incluso ambigua, de los discípulos en este evangelio responde a un original procedimiento narrativo. El lector implícito parte de un

juicio positivo sobre la conducta de los apóstoles y sobre su respuesta tanto al seguimiento como al conocimiento que poseían de la condición de Jesús como Hijo de Dios, al menos en el sentido de “Mesías”. Al autor no le debió parecer mal presentar algunos rasgos negativos en la conducta de los apóstoles, puesto que esto no invalidaba el valor positivo final de los personajes, sino que acercaba a los héroes de la primera hora hasta el nivel oscilante en que por lo común nos movemos todos los creyentes. De esta forma el relato se hace más creíble. Que el anuncio de la resurrección fuera callado por las (los) primeras (-os) testigos (Marcos 16,8) es un estímulo para que sea proclamado por las generaciones siguientes.

Leer el relato de Marcos como espejo de comportamiento cristiano exige que superemos la interpretación tradicional de que la muerte de Jesús respondía a una exigencia de satisfacción por el pecado de la humanidad. En esa perspectiva el camino de Jesús hacia la cruz se presentaba como el cumplimiento de un destino marcado de antemano por Dios. Los enemigos de Jesús venían a ser en la práctica ejecutores del destino fijado por Dios, colaboradores del plan de Dios. Y Jesús se dejaba llevar hacia la cruz mansamente, sin resistencia, porque no había otra alternativa.

El relato de Marcos no presenta las cosas así. Jesús se enfrenta con las autoridades religiosas del pueblo judío no sólo violando ciertas normas rituales sino, sobre todo, denunciando la corrupción en el Templo. Por curar en sábado a un parálítico, fariseos y herodianos decidieron “eliminarlo” (Marcos 3,6). Por su actuación en el Templo, sumos sacerdotes y escribas programaron su muerte (Marcos 11,18).

El relato de Marcos se aparta de los supuestos del relato convencional en que el héroe triunfa al fin sobre sus enemigos. No es solamente el relato del Resucitado que tiene que cargar con la Cruz. En el relato de Marcos el conflicto provocado por la resistencia no violenta de Jesús concluye con una solución violenta, con la ejecución o el asesinato. Aquí es donde se manifiesta un nuevo paradigma o modelo de actuación. A diferencia de lo que es habitual en relatos de este género, Jesús no destruye a sus enemigos, no acepta los métodos violentos y por eso reprende a los discípulos en el momento del prendimiento. Y además no identifica a quienes le condenan con el mal. Eliminar el mal no exige acabar con la vida de quienes lo llevan a cabo ni siquiera de quienes parecen encarnarlo. Jesús distingue entre la persona del enemigo y el papel o función del malvado. En contra del supuesto castigo del pueblo “deicida”, el relato evangélico, no acepta la simetría entre la mala acción y el castigo equivalente del criminal. Jesús no aceptó la injusticia de la situación religiosa y por eso entró en conflicto con las autoridades al resistir abiertamente. Pero no recurre a la violencia, cuya intrínseca maldad su misma condena a muerte en cruz pondrá en toda evidencia.